

que se seguiria la perdicion de muchisimas almas.

No es el valor de los Apaches tan despreciable, como algunos han querido deprimirlo con exágerar su cobardia, y que á poca resistencia que conozcan se retiran; pues aunque sus bárbaras y freqüentes invasiones las hacen en nocturnos asaltos y disimuladas celadas, tambien en medio del día, y á cara descubierta han atacado los Pueblos y Presidios, y han executado en los comboyes escoltados de Soldados, lastimosas muertes, y llevádose grandes despojos; y como á sus insultos y sorpresas no se les ha puesto la barrera que los contenga y sujete al respeto y subordinación

de las armas, esa misma inacción los ha insolentado para sus empresas: esto se ha visto en que aunque muchas veces han hecho las pazes con los Españoles, pero la vana confianza ó desidia de éstos, ha estimulado su natural perfidia para lograr las ocasiones ó lances que les ponen en las manos los intereses de que necesitan, y mucho mas, porque siendo muchas sus parcialidades, y éstas divididas en patrullas, en las que nunca faltan apóstatas ó malvados, aunque una parcialidad prometa y guarde la paz, otras no la quieren, y los delinquentes fugitivos de la Justicia, los animan á la guerra, para que no los sujeten á la Ley y Doctrina.

CAPÍTULO IV.

Prosiguen los Apaches sus hostilidades, y los Misioneros en la solicitud de que se les funden Misiones.

DESEANDO los Ministros de Dios aspirar en su ministerio á la imitación de su paternal largueza, con que extiende su benéfica caridad á favorecer, no solo á los buenos, sino hasta los ingratos, pues los beneficios comunes de Cielo, Tierra y Mar igualmente los derrama sobre todos, sin que dexé de nacer el Sol para los perversos, ni el mar se trague á los Piratas, explayaban sus ánimos oprimidos de las crueles invasiones de los Apaches, con la esperanza de verlos reducidos en Misiones: solicitando con sensibles pruebas de su apostólico zelo, y por todos los modos posibles, el que los Superiores se persuadieran á que no era imposible su conquista, ni incontrastable su dureza, dándoles efectivas pruebas de su docilidad, si esta les mentaran oportunas providencias.

Para impedir éstas el enemigo de sus almas, los habia instigado con todas sus furias, insolentándolos en sus latrocinios y muertes, de suerte, que tenían infestada la Provincia con daños, estragos, correrías y hostilidades, sin que pudiera ninguno salir de su casa sin evidente peligro de la vida. Siete leguas del Presidio acometieron al Religioso conductot de los avíos de las Misiones y cinco Soldados de escolta, y les llevaron las mulas, unas cargadas y otras aparejadas y los caballos, mataron una muger y cautivaron un muchacho: con el mismo arresto asaltaron en el camino á dos Religiosos y seis Soldados, hiriendo á uno, y llevándose las cargas y los caballos; pero mayor fue el que á media legua del Presidio, y al medio día se arrebataron un gran trozo de la caballada de él, y salien-

do el Capitan con veinte Soldados en su alcance, le mataron dos y hirieron quince, y sin duda hubieran perecido todos, si no hubieran llegado á su socorro los Indios de la Mision de San Antonio, que dispersaron á los Apaches con fuertes alaridos, y como si fueran muchos, no siendo ni la tercia parte de los enemigos.

Eran ya tan continuos los daños, que parecia haberse conjurado todos los Indios del Norte para destruir el Presidio y las Misiones, pues no se pasaba día sin que no hubiese alguna sangrienta desgracia, ó no se robaran quanto podian. Para poner algun reparo á tanta insolencia, determinó el Gobernador de la Provincia hacerles una campaña, y el año de treinta entró bien armado á sus tierras, llevando por Capellan al Padre Presidente de las Misiones Fr. Gabriel de Vergara, el que viendo sus tierras, y considerando sus naturales circunstancias, condolido de su perdicion, le escribió al Señor Virrey la siguiente Carta:

«Exmó. Señor: Supongo que el «Gobernador de esta Provincia dará «ó habrá dado á V. E. individual noticia del progreso de la campaña que «se ha executado contra la Nacion «Apache y sus aliadas, y así lo omito por no pertenecer á mi ministerio. Lo que solo se me ofrece representar á V. E. es la buena índole, «así de los que vinieron prisioneros, «como del que estaba ya aquí desde «el año pasado, quien fue de Conductor en la jornada, y en quanto fue «preguntado, dicen todos, no ha faltado en nada á la verdad. De tierras, aguas, gentío y otras conveniencias que ofrece el terreno, dirán á «V. E. como que lo han visto: solo «digo yo, que es lástima que tanta

«multitud de almas sean pobladoras «de las cavernas infernales, teniendo «V. E. tanta abundancia de Ministros «evangélicos de diversas Religiones, «que á porfia se ofrecerán para ir á «semejante empresa: y tengo por muy «cierto, que fueran las Misiones mas «floridas que hubiera en la Nueva España, y con esto se evitaran tantos «daños como padecen las Provincias «que hay desde el Nuevo Méjico á «ésta, con latrocinios y muertes que «tan freqüentemente suceden.»

Es cierto que con muy justas causas y razones se han hecho las campañas contra los Apaches para castigar sus insultos, muertes y robos, y parece que si las armas Españolas no les hicieran sentir su fuerza, castigando su atrevimiento, y contentiéndolos en su debido respeto, serían mas continuos y atroces sus excesos; pero la constante experiencia de muchos años ha hecho ver que de cada campaña y de todas las que se han practicado en la Provincia de Texas, no solo no han resultado los efectos de contención y respeto que se pudieran esperar, sino los contrarios; pues han sido el fomento y fuego que ha avivado mas la guerra, y segun han sido los daños que los Apaches han sufrido, han sido mayores los que su rencor y venganza han causado: lo que evidencia que las campañas solo han producido notables gastos y pérdidas: que nunca será este el medio para que ellos se conviertan; y que las Misiones cada día se deterioran, huyéndose los Indios por sus persecuciones, y perdiéndose todos sus bienes. Con estas consideraciones formó su propuesta el V. P. Vergara, deseando como todos los Misioneros, que el vigor de las armas hiciera á los Infeles respetosos y no enemigos, ofreciendo su

ministerio, para que á su abrigo pudieran por medios suaves y conformes al Evangelio establecer la paz en sus ánimos, y que se congregaran en Misiones: lo que es de creer se hubiera conseguido, si se les hubieran puesto desde que se les están prometiendo; y las Rancherías mas vecinas á las Misiones, las estaban pidiendo.

En solo esta providencia estribaba toda la esperanza de los Misioneros, como único medio para contener la rabiosa venganza de los Apaches, la que cada dia producía fatales consecuencias, que aumentaban en cada campaña que se les hacia, otra guerra á los Misioneros, batallando con el Capitan, Soldados y Vecinos sobre el repartimiento que se hacia de los prisioneros: porque siendo tan cortas las ideas que tenían de la Justicia, ni por escrito se les podia persuadir que es ley expresa la que manda: «Que ningun Gobernador, Capitan, Alcalde, ni otra Persona, de qualquier estado, dignidad, oficio ó calidad que sea, en tiempo y ocasion de paz ó guerra, aun que sea justa, y mandada hacer por Nos, ó por quien nuestro poder hubiere, sea osado de cautivar Indios naturales de nuestras Indias, ni tenerlos por esclavos: Y asimismo mandamos, que ninguna persona en guerra ni fuera de ella pueda tomar, aprehender ni ocupar, vender ni cambiar por esclavo á ningun Indio, ni tenerle por tal, con título de que le hubo en guerra justa, ni por compra, rescate, trueque ó cambio, ni otro alguno, ni por otra qualquier causa: pena de que si alguno fuere hallado que cautivó ó tiene por esclavo algun Indio, incurra en perdimento de todos sus bienes, aplicados á nuestra Cámara, &c.» Nin-

gun reclamo era bastante para impedir el que los Soldados, que eran de diversos Presidios, no quisieran sacar prisioneros, ni los Vecinos dexaran de venderlos: porque todos estaban encaprichados en que eran sus esclavos, quando eran las únicas prendas que los Misioneros estimaban para traer á la paz á los enemigos, y con el buen trato y amor con que los miraban, aficionarlos al Christianismo, y pagar por su medio la Fe entre sus parientes é interesados.

Á principios del año de quarenta y cinco salió el Capitan de San Antonio contra los Apaches, y se fue internando en sus tierras hasta el rio Salado, que dista como ochenta leguas del Presidio, y tuvo tan feliz suceso, que no solo los debeló, sino que hizo prisioneros muchos de sus Principales y Parientes de su mayor aprecio. Fue en su compañía y Capellan de la Tropa el P. Presidente de las Misiones Fr. Benito Fernandez de Santa Anna, antiguo y muy zeloso Misionero, y animado de ver tan apreciables despojos, informó al Exmó. Señor Virrey con una geográfica y prolíxa descripcion de toda aquella tierra, sus rios, montes y minerales, con individuacion de las Naciones que la habitan y hostilizan las Provincias internas, y hecho cargo despues de una larga adquisicion de muchos años, de que los Indios altaneros que hay en ella, son los Apaches llamados Ipandes y Natages, despues de varias consideraciones y reparos, le pidió á S. E. las providencias que le parecieron mas oportunas para el bien y reduccion de aquellas almas, y para el Real Erario ménos gravosas; pero principalmente los mas preciosos despojos de aquella campaña, que eran los prisioneros, y así dice: «Queda una niña harto linda en mi

«poder (hija del principal Capitan de los Ipandes), y es como de siete años: ya la tengo bautizada, y no la entregaré hasta que su Padre entre en la sujecion Real. La presa presente de la inmediata entrada, en que se incluyen algunas apreciables prendas de los Natages, coadyuvará eficazmente para que no se sienta mas alguna inquietud en estas Provincias, y se extiende á otras mas remotas la Real Corona: por lo que suplico de nuevo á V. E. que la tal presa se conserve *in integrum* para este fin, por ser cierto que esta Provincia, mas que otras, tiene el mérito de ser mas poblada, y mal se podrá efectuar destruyendo fuera de ella á los naturales con el pretexto de cautivos, y mejor crianza, siendo verdad que despues de largos años apenas saben los rudimentos de nuestra Santa Fe. En todo caso estoy enteramente resuelto de pasar á la reduccion de los dichos Ipandes y Natages, y puede V. E. ordenar que de las Reales Casas se me dé lo que precisa para dos Reducciones, y un apretado órden para que el Gobernador de esta Provincia, y de las inmediatas, me hagan entregar la gente Apache apresada en esta, y en las anteriores campañas, para que me sirvan de pie, para atraer á los demas, &c.»

Quando el Padre consultaba y meditaba la reduccion de los Apaches con tan suaves peticiones, sentian ellos su infortunio no solo sangriento, viéndolo en sus habitaciones y tiendas fresca la sangre de los suyos, sino amargo en las continuas lágrimas que les sacaba el cautiverio de sus mas amables prendas, sus mugeres, hijos y parientes, y arreatados de su dolor, hacian continua la demencia que

suele ser breve en la ira, y enfurecidos no pensaban mas que en una sangrienta venganza, para ella levantaron con precipitacion su Ranchería, y sin proporcionar los medios que dicta para tales empresas la prudencia, convocaron algunos altaneros, y marcharon con el designio de entrar á sangre y fuego en el Presidio: al mes de su quebranto se emboscaron una noche en un monte de mezquites, que está á él muy cercano; pero con tan desordenado modo, que perdieron el tiempo en que debían haber hecho el asalto, en que sin duda hubieran logrado su intento, porque estaban todos los del Presidio tan dormidos, que solo un muchacho que salía de él pudo verlos, y revolviendo daba gritos, con lo que se levantaron algunos; tres de los vecinos salieron armados, y en la boca de la calle los estuvieron contentiendo, y mas al ver que habiéndose arrojado un Apache á la casa de uno de ellos, de un balazo que le disparó el dueño, quedaron muertos el ginete y el caballo, y aunque ya habían matado á un vecino que no creyó los gritos del muchacho, viéndolo muerto á su compañero fueron cayendo de ánimo, y abriéndose en dos trozos, acometieron por otra calle al Presidio, acudiendo allí toda la chusma de los Apaches; pero el Sargento de la Compañía y otro Soldado les salieron al encuentro y atajaron el paso.

Habia un Soldado ido á toda diligencia á pedir socorro á la Misión de San Antonio, y llegó en coyuntura tan oportuna, que todos los Indios estaban juntos en la Doctrina, y la caballada pronta, por salir aquel dia para el rio Grande el P. Visitador, y así no tardaron mas que en tomar los caballos y las armas, y mar-

charon al Presidio ciento; allí se dividieron en dos esquadras, la una tiró al monte donde estaban los enemigos emboscados, y los atacaron con tal ímpetu y alarido, que á la primer descarga de los fusiles mataron algunos, y hicieron retirar á los otros: la otra esquadra los acometió con el mismo brío y hizo huir con muerte de algunos, saliendo de los Indios auxiliares uno solo herido: luego que los Apaches tomaron la fuga, los de la Mision volvieron á ella, y remudando los caballos, tomaron pólvora y balas, y salieron en su alcance: en esta buelta se reforzaron con los Indios de la Mision de la Concepcion, y se les juntó el Teniente y algunos Soldados, y yendo muy confiados de alcanzar y castigar á los enemigos, llegaron al parage de Buena-vista, y allí mandó el Teniente que todos se volvieran, y les fue este orden á los Indios de tanto disgusto, que el Gobernador de San Antonio le dixo: Señor, vuelvete tu á cuidar el Presidio, que yo iré con mi gente á darles á los Apaches, á cuya razon respondió el Teniente muy alterado y con maltrato, y los obligó á volverse, de lo que quedaron bastante desazonados, despues de haber libertado el Presidio y la Villas, egun lo confesaban todos, de su última ruina.

Es cierto que al mejor tiempo les faltó á los Apaches el espíritu y marcial orden con que pudieron haber dado contra el Presidio un alvazo tan sangriento como ventajoso, pues lo veían en un profundo sueño, y con el descuido que pudiera si no tuviera enemigos, ni hubiera en él Soldados; pero otro humor narcótico ocupaba el cerebro del Capitan de ellos; pues fue patente, público y notorio, que habiendo salido con los Indios uno que

se habia traído prisionero en la campaña, y era criado del mismo Capitan por ser cautivo y Christiano, luego que lo vió se avocó con él, y le preguntó donde estaba toda la presa, y su hija, y qual era el intento de los Españoles. El le respondió, que desde que lo cogieron los Españoles, le habia asegurado el P. Misionero, que si los Apaches se diesen á Pueblo y á la Real sujecion, se les devolverian todas las personas que tenian presas: conmovió esto al Capitan hasta derramar lágrimas, y á abandonar la empresa, y mandar á todos los suyos la retirada, no obstante que los Natages sus aliados quedaron muy mal contentos. Esto mismo confirmó otro Indio que pocos días despues se entró en el Presidio buscando á un hermano suyo, lo que se hizo indubitable; pues luego que vió los calzones que traía, sus lágrimas verificaron sus palabras, conociendo que su hermano habia muerto; y declaró, que ya los Apaches se habian retirado á su tierra, porque los Capitanes auxiliares se habian enojado por haberlos engañado, diciendoles que aquí habia poca gente, habiendo tanta: dixo que el número de los que habian venido era de trescientos y cincuenta con mugeres y muchachos, y explicó quantas eran ciento como el mejor contador, pues era muy ladino y de un Pueblo de los del paso del Norte.

No obstante dichas declaraciones de la retirada de los Apaches, el Capitan mandó al Teniente. saliera á reconocer la tierra por el rumbo que llevaron, y trajo noticias tan dudosas que consternaron todos los ánimos, y no habia quien se atreviera á salir de su casa, y los mas querian desamparar la tierra. Viendo los Indios de San Antonio tan intimidados á los Espa-

ñoles, enviaron espías que registrarán toda la tierra, y vinieron dando noticia de ser indubitable la retirada de los enemigos, confirmada con los tizonazos que iban dando en los pastos que habia en el camino: con lo que comenzaron los Presidarios y de la Villa á salir á sus quehaceres y á dormir en sus casas, pues les mas dormian en el cuerpo de guardia.

De todo se informó el Señor Virrey, y S. E. le ordenó al P. Fr. Benito que le informase con lista particular de los Indios que inquietaban las Provincias internas; y hablando el Padre de los que hostilizan las de Cohaguila y Texas dice: «Los Ipandis, que es la porcion mas considerable, desde el tiempo del Excmo. Señor Duque de la Conquista tienen seriamente pedido Mision en su País, de lo que me pareció conveniente dar la palabra en nombre del Rey nuestro Señor, y del Príncipe que gobierna; y como no tuviese yo respuesta de la tal pretension, hubieron de juzgar el que no les cumplia la palabra, prosiguiendo en sus entradas, que ántes muchos meses tuvieron suspensas. De presente vá por tercera vez que piden Mision en donde quiera que se la pongan; y aun dado caso que no tuvieran tal ánimo, no hay ocasion mas propia para entrañarse en su País, haciendo pie con la presa, y otros que vendrán de paz; que no serán pocos los que viendo á sus hijos y mugeres rancheados con el P. Misionero y algun Presidio, están precisados ya á no tomar las armas, y si no dudará de su constancia, por la envejecida costumbre de hurtar caballos: sin Presidio alguno reducirá á Mision á los tales Ipandis, y lo hubiera ya hecho, si no tuviera práctico conocimiento que los Indios mas

»dóciles son veleidosos en los primeros años de su conversion, y es preciso algun respeto militar para contentenerlos.»

No era vana la confianza que el P. Fr. Benito tenia de reducir á Mision á los Apaches, fundada en el amor natural que les tenian á los prisioneros, y para empeñar en su pretension al P. Guardian del Colegio le dice: «Los Indios del Norte de presente practican quietud, mas hasta ahora no pasa de una suspension de armas, por no baxar todavia el Capitan grande Ipandi, Padre de la Indizuela que está en esta Mision: con esta hay una Prima suya, y otra grande con una niña de dos años y otro niño como de cinco. La tal grande, que no llegará á treinta años, es tambien de la casa del Capitan, y me afirma que vendrá ciertamente á estar conmigo, y que sin duda los Ipandis, que son como ciento y sesenta, quieren Mision, mas que los Natages siempre estuvieron maleandoles. La tal India aun en su gentilidad tenia virtudes morales, y teniendo probabilidad su dicho, fundado en las conversaciones que ha tenido con su gente, puede V. P. no desfallecer en la pretension del Norte: pues sobre el bien espiritual de aquellas almas, se conseguirá el bien de estas Provincias, que jamás tendrán ser de alguna consideracion, hasta que tenga fin esta guerra.»

Consideraba el P. Presidente, que el informe que el Capitan envió al Señor Virrey dando cuenta del atentado de los Apaches contra el Presidio, podia ser la causa que retardara las providencias, ó ya por el excesivo número de Indios que no se vieron; ó ya por el orden militar que no observaron; ó ya por otras ex-

presiones contrarias á los efectos, y por eso le pidió por un escrito que le notificase al Señor Virrey el estado presente de los Indios Apaches, para que S. E. determinara lo que fuera de su agrado, sin omitir la precision en que se hallaba de pasar solo á sus tierras, para cumplirlas en el modo que podía la palabra que les había dado, conformándose con lo que tenía ordenado el Exmó. Señor en este punto: tambien le pedía que se ofreciera á pasar con él al Norte con solos diez hombres mas, que se añadiesen á su Compañía, sin gasto de la Real Hacienda en la subplantacion, atento á que varias veces le dixo, que con ese número asistiría con qualquier Religioso en el sitio que fuera mas conveniente.

Todo esto era querer el Padre que la verdad pareciese en su propio aspecto en los Superiores Tribunales, y buscar medios para satisfacer las instancias de los Indios, y así le escribió al P. Guardian, diciendo: «Como casi todas las Lunas vengan á esta

»Mision y Presidio insistiendo siempre en la plantacion de Mision y Presidio, discurrí medio para darles largas, respecto á que no se ha dado providencia en el Superior Tribunal: díxelos con claridad que no tenía Presidio para pasar á sus tierras, y que por eso no podía pasar á poner Mision, y me respondieron, que fuese á ponerla sin Presidio: procuré ponerlos en razon de que yo solo no podía hacer cosa para su permanencia, por necesitarse saber hacer casas y cortar palos, y luego allanaron esta dificultad con que ellos sabian hacer casas y cortar palos: dificulteles mas, porque no sabian arar ni hacer siembras, y luego allanaron la dificultad, trayéndome á la memoria unos tres que estaban entre ellos que sabian arar, y que éstos enseñarian á otros, y los dexé ir á sus tierras con la resolucion que la vez primera que vengan traيران mulas para cargar rexas, azadones, hachas y maiz, para poder sembrar este año en el plan ó sitio que yo les diga que está bueno.

CAPÍTULO V.

Nuevos esfuerzos que hicieron los Misioneros para restablecer la paz de los Apaches.

SOBRE la madurez en que el P. Fr. Benito estimaba las instancias que le hacian los Apaches para que fuera á su tierra, le parecia que con solo dexarse llevar de ellas, se lograria la oportunidad de ponerles una Mision segun se lo pedian; y que si en esa ocasion no se condescendia á ellas, podía ser que no se verificara en otras; pero esta eficacia no conducía á la disposicion de los medios que proponia para facilitar una

reduccion tan difícil como deseada: pues debiendo arreglarlos la prudencia y desvelada economia de los Señores Ministros de la Real Hacienda, no fue adaptable el de la pronta translation del Presidio de San Antonio que proponia: porque para ella debía ser fundamento, segun el dictamen del Señor Auditor de la guerra, el que se hubieran convocado los vecinos de la Villa de San Fernando, y demas de su antiguo vecindario, y conferido

muy seriamente, si áquel Presidio se podía mudar á otra parte para abrigar los Apaches que se congregasen, sin que quedaran expuestas la Villa y las cinco Misiones al riesgo y peligro de los enemigos.

De esta sabia reflexion fue producida la necesaria demora de las providencias que se pedian, y la que disgustó tanto á los Apaches, que les hizo creer que solo el Capitan y el Padre querian su amistad y la paz, y que la rehusaban los demas Españoles; y ocurriendo entónces el que el P. Fr. Benito se alejase á las Misiones que debía establecer en el rio de S. Xavier, esta ausencia los confirmó en su erroneo juicio, y los hizo perder la confianza, por lo que se volvieron á sus antiguas belicosas ideas; con toda la porcion de los que se reconocian mas beneficiados, envió quatro Indias de las mas distinguidas para que avisasen á los Padres, y que éstos le dixeran al Capitan que se previniese, porque ya se rompía la guerra, y sería lo primero asaltar la caballada del Presidio: hizo el Capitan su deber; pero no fueron bastantes sus providencias para que no se llevasen al primer acometimiento la mayor parte del situado.

Fue este rompimiento de mucha mortificacion y congoja para todos los Misioneros, que entre las molestias y trabajos de la continua solicitud de su apostólico ministerio, les renovaba el dolor de ver repetidas las hostilidades, y el afan y sobresalto, no solo de la destruccion de los bienes temporales, sino principalmente de las desgraciadas muertes, y perdicion de muchas almas; por lo que pidiendo el Capitan del Presidio Indios auxiliares para ir á castigar á los enemigos, se les subministraron de las Misiones ciento y treinta, aviados de víveres,

armas y caballos, y se le recomendó mucho que la guerra se hiciese con mejor modo y fin que en las antecedentes campañas, y que diese orden de que no se mataran los Apaches sino en caso muy preciso, por la propia defensa, y que de las presas se había de despachar desde el camino una que de parte de los Misioneros les ofreciese la paz á los Capitanes, para lo que llevaba el Padre Capellan un regalito en prueba de la verdad de su afecto, y del deseo que tenían de que fueran Christianos.

Con estos lenitivos de su angustiado zelo, pedian al Señor dirigiese la Tropa al logro de su mayor honra y gloria y bien de las almas, y marchando el dos de Febrero del año de quarenta y nueve, dió con una muy corta Ranchería, en que sin resistencia se apresaron tres mugeres inservibles y viejas, y cinco criaturas pequeñas, y volviéndose el Capitan al Presidio, halló que al mismo tiempo de sus jornadas, vinieron los Apaches á la Mision del Señor San Joseph en crecido número, y entrando con furioso ímpetu, mataron mucho ganado menor, robaron mucha ropa, y la caballada de la Mision de la Concepcion, y por eso determinó ir luego en sus alcanes; y como la presa que había traído de nadie era apetecible en el Presidio, la envió á la Mision de San Antonio, en donde la recibió el Padre con mucho amor, y manifestó en su trato la caridad que es propia del Christianismo, vistiéndolas, regalándolas y dexando que anduvieran libres, y aun diciéndoles, que si querian se podian ir á su tierra, y llevarse sus criaturas; pero siempre le respondian que allí estaban contentas, comían bien, y tenían gusto: pero todo era disposicion de la soberana Providencia, para que des-

pues produxeran apreciables frutos, tan despreciadas semillas.

Siguiendo el Capitan y la Tro-
pa las huellas de los enemigos, llega-
ron á alcanzarlos, y les acometieron
con tal brio que les apresaron quaren-
ta y seis personas, y mas de cien ca-
ballos, siendo tan feliz el suceso, que
ni los Soldados ni los Indios excedie-
ron de los órdenes, ni mataron ni hi-
rieron á ninguno de los Apaches, lo
que fue de admirar á los mismos ene-
migos, por no haber visto nunca tal
humanidad en los Españoles: pero de-
bió de parecerle al Capitan indecoro-
so á su valor el enviar la embajada de
paz, que le habia suplicado el P. Fr.
Mariano de los Dolores. No obstante
esa omision, es infalible que el clarín
que evangeliza la paz, anuncia tam-
bien á sus oyentes abundantes bienes
y felicidades, y habiéndose informado
el Padre de las Indias de las calidades
y condiciones de los Capitanes Apa-
ches, y de las demas circunstancias de
aquellas gentes, le pareció que por
ellas mismas podia facilitar sus inten-
tos, y tres dias ántes de que el Capitan
entrara con los prisioneros en el Pre-
sidio, las impuso en todo lo que habia
sucedido en la jornada, y las instruyó
en que los Padres Misioneros les desea-
ban todo bien espiritual á sus almas,
y mucha felicidad á todas sus gentes,
lo que no podia ser sin dexar sus bár-
baras costumbres, en que su mayor
enemigo, que es el Demonio, los tenia
ciegos, ni sin conocer el provecho que
les venia de la paz con los Españoles;
y brindándoles á las tres que fueran
á decirles lo mismo á los Capitanes,
ninguna queria admitir la embajada,
hasta que, á instancias de las otras,
se determinó á llevarla una que era
parienta de los mas principales; pero
advertiendo que aunque ninguno qui-

siera venir, ella si volveria á dar la
respuesta, y se quedaria en la Mision,
porque le gustaba mucho vivir con
los Padres, y prometió persuadir á los
otros que hicieran lo mismo.

Con tan buenas esperanzas, la
envió el P. Fr. Mariano á que encon-
trara á los prisioneros, avisándole al
P. Capellan su destino, y que le diese
el regalito que llevaba prevenido. Fue
para ella muy tierno el encuentro,
pues en él venian un hijo suyo, otros
parientes y conocidos, y aun á todos
causó ternura el ver el modo con que
la recibieron, quedando consolados
quando les dixo á lo que iba enviada
del P. Misionero, y le daban bastante
prisa para que prosiguiese su viaje.
Para prevenir los sucesos de él, le fue
necesario al P. Fr. Mariano, sufrir mu-
chas contestaciones, debates y sonro-
jos; porque esperándolos prósperos,
luego que llegaron los presos, le fue
necesario oponerse al repartimiento
de ellos, que pretendian los Presidia-
rios y Vecinos: pues era tal la ambi-
cion de tener criados, que hasta el
Gobernador de la Provincia, usando
de absoluto predominio, se llevó á los
Adais algunos; de lo que informado
el Señor Virrey, le escribió Carta
mandándole que luego y sin dilacion
los restituyera al Presidio de San An-
tonio, advirtiéndole el exceso que en
llevarselos habia cometido, y fue ne-
cesario tan fuerte colirio para que
abrieran los ojos, los que tenia ciegos
la ambicion de tener esclavos.

Con especial atencion recibie-
ron los Capitanes de los Apaches la
embajada de la India, que llenó los
deseos de los Misioneros, manifes-
tándoles sus intenciones como dirigidas
solo á su bien, causa de que se le hu-
biera hecho tan benigna guerra, para
que conocieran que se enderezaba á su

conversion, la que los años antee-
dentes habian prometido, y ahora era
tiempo de cumplirla, para la que se
interesarian con los Españoles, para
que les entregaran todos los prision-
eros, y que si se determinaban á ha-
cer las pazes, desde luego habian de
suspender las hostilidades, y venir
á tratar con los Padres, y ellos los re-
conciliarian con los Españoles. Bien
conocieron ellos los bienes que se les
franqueaban, por los daños que les
habia causado su guerra, y en breve
se convinieron en juntar á todos los
Capitanes de su Nacion, y de sus con-
ferencias resolvieron venirse á la Mi-
sion con sus familias y bienes, para
vivir congregados y en compañía de
los Padres, como no les faltaran á lo
que se les prometia por parte de los
Españoles.

Para autorizar esta respuesta,
fue diputada la muger del principal
Capitan en compañía de otra de un
criado, y de la embajadora; todos lle-
garon á la Mision de San Antonio, y
la expresaron con mucha energia al P.
Fr. Mariano, el que luego las remitió
al Presidio, y declararon al Capitan
lo mismo: en el mismo dia llegaron
otros ocho Indios, confirmando quanto
la India principal habia dicho, y dixe-
ron los enviaba su Capitan á conocer
al Padre que les habia enviado á la
India, y á pulsar los ánimos de los Es-
pañoles, añadiendo que solo espera-
ban las resultas para marchar todos
á la Mision para poblarse en ella, y
que aunque habian remitido correos
al Capitan rico, al Nataje, y al Co-
manche, por ver si entraban ellos en
la paz; pero si no la admitian, ellos
nunca dexarian de guardarla, ni de
ponerse en Mision como se les decia.

Confados ya en la amistad de
los Padres, fueron los Indios frecuen-

tando sus visitas, hasta venir un Ca-
pitan á ver al P. Fr. Benito, y por su
interposicion se le entregaron todos
los prisioneros, lo que él y todos los
demas agradecieron con extremo, y
se empeñaron en dar pruebas de su
reconocimiento, no solo con suspender
todos los robos y daños que hacian,
sino con proponer al Padre el mismo
Capitan, que las doncellas de su Na-
cion se casaran con los Indios de las
Misiones, y los jóvenes con sus hijas,
para que con estos víenlos quedaran
afianzadas las pazes, ofreciendo para
esta alianza una sobrina del mismo
Capitan muy agraciada; y otras con
algunos mozos, para que desde luego
se efectuara el concierto; pero con
discretas dilaciones procuraron los
Misioneros no dar lugar á él, por pre-
veer graves inconvenientes; pero en
tan reiteradas demostraciones de amis-
tad y confianza, veía el P. Fr. Benito
como verdaderas las instancias de que
se les pusiese Mision, y en la perse-
verancia de cinco meses de repetir las,
le penetraban con inconsolable dolor
un dardo en el corazon, considerando
que no podia por sí solo darles aquel
consuelo: y para no omitir de su par-
te diligencia alguna que conduxese á
su firme permanencia, le pareció de-
bia representar á boca al Señor Vir-
rey el estado en que estaba aquella
importante reduccion, y la multitud
de gente y de Naciones que la pedian,
y que así podria lograr con mas bre-
vedad favorable y eficaz despacho; y
sin otro fin que el de hacer mas ca-
bales sus informes, emprendió el lar-
go y penoso viage de México.

En ese mismo mes, que fue el
de Agosto del año de quarenta y nue-
ve, llegaron á la Mision de San An-
tonio los mensajeros de otros dos Ca-
pitanes, que decian venir con toda su

gente á estarse en ella mientras se les ponía á ellos Mision, y le fue necesario, al P. Fr. Mariano de los Dolores buscar varios pretextos para impedirles el intento, sin que ellos pudieran entender la intencion, y verdadera causa de la repulsa. Era esta el que los Misioneros tenian gravísimos inconvenientes de que los Apaches se unieran, ó por amistad, ó por parentesco con las Naciones de Indios recién reducidos; pues á mas de tener presentes los sucesos del Nuevo México, originados de semejantes ligas, debían precaver que los Neófitos no se inficionasen con las pestíferas costumbres y diabólicos ritos que observan los Apaches, y con los bayles y brebages que usan en sus mitotes, y mas quando el no concurrir á ellos los otros Indios, lo tienen por señal segura de que su amistad no es verdadera; y no debiendo los Misioneros tolerar tales excesos, era preciso que se dieran por ofendidos, sin acordarse mas de beneficios, sino de que eran bárbaros. Ni era de poco peso para repeler tanta gente el que se escaseaban en la Mision los bastimentos, y este era otro peligro temporal que podia perjudicar á sus dueños; y así les envió á decir, que se acantonasen en el rio de Guadalupe, distante quince leguas de San Antonio, y buscasen un sitio proporcionado á una buena sementera, y que congregados allí quantos quisieran reducirse, podian venir algunos por maiz ú otras cosas que necesitasen: esperando el Padre de que no tardarian mucho las Superiores providencias que dieran ley y órdenes, que coarctaran su gentilica libertad, y moderar sus bárbaras costumbres.

Es cierto que hasta allí no habian causado motivo de sentimiento ni á los Españoles ni á los Indios,

pues contra su natural altanería se contenian en una amistad sincera; de ella fue prueba el que sabiendo que unidos con los Natajes los Julimes venían á hostilizar el camino del rio Grande, avisaron para que los Españoles no lo anduvieran, porque eran muchos los enemigos: no tardó en verse cumplido su aviso, pues en el parage de San Ambrosio acometieron al P. Fr. Francisco Xavier Silva, del Colegio de nuestra Señora de Guadalupe, que iba con ocho Españoles, y fueron tantos los Indios, que á todos los mataron, y se vió tambien la verdad de quienes fueron los agresores, porque habiéndose defendido valerosamente los Españoles, mataron muchos, y no obstante la costumbre que tienen de retirar sus muertos, quando fueron del rio Grande á recoger los cuerpos del Padre y sus Compañeros hallaron entre los de los Indios uno que tenia al cuello Rosario, y se reconoció Julime, y otro Jayan Nataje, que colgaron en un árbol. Tambien se comprobó juridicamente, que quando sucedieron las muertes, segun la noticia que llegó á S. Antonio, habia en la Mision y en sus inmediaciones crecido número de los Apaches Ipandes.

En ese mismo tiempo habian ido á sus tierras Indios de las Misiones, y los admitian sin causarles molestia alguna, y á uno que conocieron iba fugitivo lo devolvieron á ella: la misma familiaridad practicaban con los Españoles, aunque la temeraria confianza de éstos, les ponía ocasiones tan proximas, que los provocaban á ser ladrones: tal fue la de un Soldado, que muy distante del Presidio estaba muy descuidado y rodeado de quince Apaches: quando él se dada por perdido, ellos le dieron de comer, y aviado de carne, lo pusieron

en el camino. Pero mas generosa accion fue el haber encontrado en la riberá de un rio á un Indio de la Mision, y ya Christiano, que huyendo de la enfermedad que habia en ella, le asaltó en tal grado, que ya estaba totalmente postrado, y cargándolo le traxeron á la Mision, en la que con medicamentos y alimentos recobró la vida, que la fiebre y la hambre le quitaban sin duda; no fue ménos humanidad la de haber encontrado en una Ranchería un niño como de tres años solo y huérfano por haber muerto sus Padres, y pareciéndoles que ninguno tendria piedad de aquella criatura como el P. Misionero, se lo traxeron contra el natural carácter de su genio, que es el plágio, y por el que se exponen á los mayores peligros por cautivar muchachos para tener criados.

Mejor que todas las pruebas que podian dar de su perseverancia, era la atención y gusto que mostraban siempre que los Padres les hablaban de Dios, de sus divinos atributos, y de los soberanos misterios, en cuya inteligencia se imponian con increíble facilidad, y en poco tiempo se hacian capaces para recibir los Santos Sacramentos, lo que se verificó en todos los casos que fue necesario administrárselos; pues no fueron tan pocos que no pasaran de sesenta los que recibieron tan soberana gracia en todo aquel tiempo, así párvulos como adultos, que murieron bautizados. Tambien lo era el haber entregado al P. Fr. Mariano varios cautivos que tenian esclavizados, solo por el respeto de que eran Christianos, dando cada dia las mas relevantes muestras de estar ya todos allanados á recibir la Santa Fe, y vivir en política como Christianos.

Todas estas demostraciones de sinceridad y paz no fueron bastantes

para aquietar los celos que de ellos tenian los Españoles, desconfiando con pánico terror de lo mismo que estaban mirando, y que ni aun de sus descuidos se aprovechaban los Indios, para causarles los daños que son tan continuos entre los Christianos viejos, siempre que tienen ocasion de lograrlos: todo su temor lo fundaban en que el Capitan principal de los Apaches, que llamaban de la boca comida, no habia venido á los ajustes de la paz; y fue la causa, el que el cancer que el miserable padecia, lo habia imposibilitado á viajar en la tierra, y por fin llevándolo á la sepultura; y por eso el que ocupó su lugar, y que la junta de los demas Capitanes habia declarado por Capitan grande con todo el comando que el otro tenia, luego que se desocupó de sus intereses personales, quiso atender á los comunes, y siguiendo las pacíficas ideas de su antecesor, se presentó en la Mision de San Antonio, con extraordinaria confianza, y sin mas comitiva que la de sus parientes y familiares, y sin prevenir su arribo, y manifestándose agradable al P. Fr. Mariano, le dixo venia solo á ratificar en nombre de su Nacion las pazes con los Españoles, que el mismo Padre les habia persuadido á los Ipandes; pues todos estaban muy gustosos por la tranquilidad que gozaban, y resueltos á congregarse en Mision, para que los Padres les enseñaran. Gustoso de la novedad el P. Fr. Mariano, le condujo al Presidio, y presentó al Capitan, satisfecho de ser verdad lo que el Indio decia, por haber visto la dicha junta algunos Indios de su Mision, y á quienes les habian encargado le avisasen de la firmeza de la paz, y en su presencia se ratificó, y el Capitan Español obsequió al Apache, quedando todos en

observar las condiciones de la paz y reduccion que él habia propuesto.

Fue grande la complacencia que el Apache tuvo viendo el trato y político modo que se observaba en el gobierno de la Mision, y en la asistencia á la doctrina y catecismo, y le propuso al P. Fr. Mariano el venirse á ella con todas sus tiendas, que eran muchísimas, y que allí esperarían las providencias para que se les fundara á ellos la suya: pero conociendo el Padre las consecuencias de una confederacion arriesgada, y de una alianza gentílica, le fue necesario abultar pretextos con que disuadirlo del intento, para evadirse de los perjuicios que habian de causar huespedes tan libertinos, y de los crecidos gastos que le habian de ocasionar por su crecido número: pero atendiendo á su insaciable codicia, para despedirlo gustoso, le regaló algunas cosillas de su deseo, y haciendo lo mismo con los de la parentela, á los tres dias pudo despedirlos, quedando de volver dentro de poco tiempo.

Del mismo modo iban frecuentando otros que se decian Capitanes, y todos significaban al Padre como estaban resueltos á congregarse en Mision, y hacer quanto les ordenara, pues ya podia mandar en ellos como en los Indios de San Antonio, y así que les asignase sitio que fuese de su gusto, para juntarse, por estar ya conformes y dispuestos á practicar quanto les propusiera: todo era congoja para el Padre, pues el estado en que veía aquella reduccion era muy oportuno para su logro; pero habiendo sido aquel año en toda la Provincia muy escasas las aguas para que el ganado de la Mision tuviera algun pasto, era preciso se retirara hasta el rio de Guadalupe, y si los Apaches

se ranchearan en sus orillas, sería inevitable el daño que hicieran en él, y con esta consideracion les dixo: que se mantuvieran en aquellas inmediaciones de San Antonio, y que escogiesen un sitio acomodado, no solo para su rancheria, sino para hacer aquel año una buena sementera, y que él les iria contribuyendo algun maiz, y lo demas que se pudiera, hasta que el Señor Virrey mandara lo que se debía hacer.

Con las continuadas visitas de los Apaches, se veía el Padre tan falto de facultades para sostenerlas, que pensó promover las providencias con presentarle un escrito al Capitan haciéndoselas patentes, y remitiéndole los Indios para que ojera de sus bocas sus instancias, y en él le dice: «Con las experiencias vistas, estabilidad que han tenido, deseos que les asisten, y señas evidentes que se palpan, si hubiera llegado el avío de las Misiones, no hallara inconveniente en irme con ellos á poner la Mision en el rio de Guadalupe; pero hallándome sin efecto alguno que poder llevar para la plantacion de la Mision, les tengo dada palabra de que cumplidas cinco Lunas, tiempo suficiente para que puedan haber arribado los avíos y providencias que S. E. dispusiere, verán cumplidos sus deseos y los nuestros.»

Con solo este medio pudo el Padre haber logrado sus zelosos fines, pues con él hubiera vencido las insuperables dificultades que á los Señores Ministros se les ofrecian para creer efectivas esas experiencias, estabilidad, deseos y señas evidentes de la conversion de los Apaches; pues aunque al Padre le pareciera que el ir á formar la Mision, era esencial parte de la subordinacion debida á la Superioridad, y necesaria su licencia, ya el Señor Auditor habia reprehendido el que el Capitan hubiera pedido en general providencias, sin especificar quales eran las que convenian, y dado dictamen de que debía esperar la llegada de todos los Apaches, enterarse cumplidamente de su número, de la disposicion á congregarse, asignarles para ello las mas convenientes tierras, aguas y como

»didades en sitio y parage el mas resguardado y seguro, á no poder fácilmente huirse sin ser advertidos, notados y sentidos, y á poder fácilmente ser administrados, agazajados, acariciados y dispuestos á ver la sociabilidad, buen trato, quietud y aplicacion de los Indios ya congregados en aquellas cinco Misiones, congregando los Apaches á la mas proporcionada distancia de ellas.»

CAPÍTULO VI.

Providencias que se dieron para la fundacion de las Misiones, y las oposiciones contra ella.

NO solo llamó la Eterna Sabiduría bienaventurados á los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios, sino también á los que con constante zelo imitan al Hijo de Dios, publicando la paz, y persuadiéndola á los enemigos, para dilatar en ellos el Reyno espiritual de su Fe y Evangelio, predicándolo por todo el mundo Príncipe de la paz y Rey pacífico, para que hiriendo la suave armonía de tan divinos elogios los feroces ánimos de los bárbaros, se tiempen uniéndose con los Christianos, y se ajusten á los divinos preceptos sus opuestas voluntades, desiguales genios, y destempladas pasiones. Estos fueron los únicos fines porque los Misioneros promovian, sustentaban y persuadian la paz en la reduccion de los mas indómitos bárbaros, interponiendo todos los medios que les dictaba su apostólico zelo, sin reparar en trabajos y afaes, que les multiplicaban las contradicciones.

Era la batería de éstas plantadas por los mismos que se veían con la paz beneficiados; pero el temor de

perder algunos intereses, les hacía no conocer los mas importantes: pero es la paz efecto de la buena voluntad, y la que el Padre tenía de solidar la de los Apaches con su reduccion, le dictó el buscar para ella un seguro apoyo en el auxilio y proteccion del Gobernador de la Provincia, pidiéndole por un escrito se sirviera de concurrir á una pacificacion tan benéfica con los mejores y mas oportunos arbitrios, para que tantas errantes ovejas se reduxeran al gremio de la Santa Iglesia, y al suave yugo de nuestro Soberano, como que estos objetos debian ser los de su atencion y gobierno; pero estaba ya el Caballero preocupado de los sentimientos de los que lloraban su total indigencia, si les faltaran los sueldos de los Soldados, trasplantando á otro parage el Presidio, y por sus influxos respondió en un largo auto, que los Apaches habian sido refractarios de la paz, cometiendo en el tiempo de ella alevosas hostilidades, las que fue infarcinando con equivocaciones evidentes, por las que dixo: quedaba mortificado en no encontrar